

# LECCIÓN 18. EL CAUTIVERIO

## Introducción

Al estudiar nuestro panorama bíblico, hemos aprendido cómo Dios escogió al pueblo de Israel para ser la nación por la que vendría el Mesías prometido desde la caída de Adán y Eva. El pueblo de Israel debía ser diferente a las demás naciones, debía ser un pueblo santo de la misma manera que su Dios lo era. Cuando Dios libertó a Israel de Egipto, y antes de entrar a la tierra prometida, Moisés advirtió al pueblo de guardarse de no pecar contra Dios y de seguir los mandamientos y estatutos que les había dado.

Dios había prometido a su pueblo bendecirlo en todas las áreas con un bendición especial, y engrandecerlo sobre todas las naciones, con la condición única de que ellos buscaran oír la voz de Dios y guardar todos sus mandamientos (Deuteronomio 28:1-14). Pero Dios también les había mostrado que si ellos decidían desobedecer sus mandamientos y estatutos, vendría a todo el pueblo maldición, y Él mismo traería aflicción sobre ellos. Entre varias advertencias, Dios les mostró que si ellos se obstinaban en ser rebeldes, Dios los entregaría para ser derrotados delante de sus enemigos (Deuteronomio 28:25), permitiría que otras naciones los sitiaran y llevaran en cautiverio, y serían dispersos por todos los pueblos (Deuteronomio 28:32,41,52,64). El pueblo de Israel se comprometió delante de Moisés y de Josué a guardar los mandamientos de Dios toda su vida sobre la tierra.

Sin embargo, al continuar con nuestro panorama bíblico podemos ver cómo el pueblo de Israel ignoró todas las advertencias que Dios le había hecho.

## I. La infidelidad del pueblo de Dios y de sus reyes

Como hemos visto en pasadas lecciones, el reino de Israel fue dividido por causa del pecado de Salomón. El Señor dio oportunidad a Jeroboam, siervo de Salomón, de convertirse en el rey de diez de las doce tribus del pueblo. Éstas diez tribus conformaron el reino del norte, conocido como el *Reino de Israel*, cuya capital fue Samaria. Las dos tribus restantes quedaron bajo el mando de Roboam, hijo de Salomón, por amor de Dios a David; y conformaron el reino del sur, conocido como el *Reino de Judá*, cuya capital fue Jerusalén. Vimos también cómo Jeroboam menospreció la oportunidad que Dios le había dado para ser un buen rey, y estableció lugares altos para que el pueblo adorara a Dios sin necesidad de ir a Jerusalén, por temor a perder gente. Pero, tristemente, lo que hizo Jeroboam fue introducir la idolatría al reino de Israel, colocando becerros de oro para ser adorados como los dioses que los habían sacado de Egipto (1R.12:28). Los hechos de éste rey iniciaron el declive espiritual y moral de los reyes que le sucedieron y de todo un pueblo. Y, lamentablemente, el reino de Judá también se contaminó por el pecado de idolatría en el que incurrió constantemente el pueblo del norte.

El total de reyes que tuvo el reino de Judá fue veinte: Roboam, Abiam, Asa, Josafat, Joram, Ocozías, Atalía, Joás, Amasías, Azarías, Jotam, Acaz, Ezequías, Manasés, Amón, Josías, Joacaz, Joacim, Joaquín y Sedequías. De todos ellos sólo ocho hicieron lo bueno ante los ojos de Dios (Asa, Josafat, Joás, Amasías, Azarías, Jotam, Ezequías y Josías); y doce hicieron lo malo y abominable ante

Jehová (Roboam, Abiam, Joram, Ocozías, Atalía, Acaz, Manasés, Amón, Joacaz, Joacim, Joaquín y Sedequías). Más de la mitad de los reyes desagradó al Señor con sus hechos e hizo pecar al pueblo de Judá.

El total de los reyes del reino de Israel fue diecinueve: Jeroboam, Nadab, Baasa, Ela, Zimri, Omri, Acab, Ocozías, Joram, Jehú, Joacaz, Joás, Jeroboam II, Zacarías, Salum, Manahem, Pekaía, Peka y Oseas. Todos hicieron lo malo ante los ojos de Dios.

Así, vemos en la época de los reyes un contraste muy marcado entre la paciencia, cuidado y misericordia de Dios para con su pueblo y la infidelidad y maldad de la mayoría de los reyes de Judá y de todos los reyes de Israel. Los líderes del pueblo de Dios olvidaron que su posición de liderazgo era para conducir al pueblo a guardar la ley de Jehová. En su mayoría, dejaron de escribir a mano la ley y de leerla todos los días de su vida, como lo había estipulado Dios en Deuteronomio 17:14-20. Se condujeron como las naciones paganas que no conocían a Jehová ni querían conocerlo. La mayoría de la gente del pueblo seguía el mal ejemplo o la buena conducta del rey en turno. A lo largo de los libros de reyes y crónicas vemos al pueblo imitando el actuar de su rey, para bien o para mal. Esto nos muestra una realidad, y es que el líder puede dirigir, a quiénes representa, a la búsqueda sincera de Dios o al alejamiento, desobediencia e infidelidad.

Lamentablemente el período de los reyes se caracterizó más por la infidelidad, rebeldía y desobediencia a Dios que por ser una nación santa. El reino de Israel desde Jeroboam hasta Oseas duró 212 años, mientras que el reino de Judá desde Roboam hasta Sedequías tuvo una duración de 347 años. En todos estos años el Señor les mostró su paciencia al enviarles profetas para corregir su camino. Sin embargo aún muchos sacerdotes y profetas se corrompieron, buscando agradar a los reyes perversos más que al Señor. Sólo un remanente pequeño de reyes, de profetas, sacerdotes y del pueblo buscaron no contaminarse y vivir en santidad, y eso a muchos de ellos les costó la vida.

Tristemente, la tendencia siempre será ésta, aún en el cristianismo y en nuestra iglesia, la de una mayoría diciendo que sigue a Dios pero que con sus hechos demuestra lo contrario y la de una minoría o remanente que anhela consagrarse a Dios, servirlo y vivir en santidad. Aquí cabe una pregunta para evaluar nuestras vidas: ¿Estamos siendo como la mayoría tiende a ser o como el remanente que busca agradar a Dios?

El pueblo en su mayoría olvidó al Señor, se entregó a la idolatría, siendo infieles al Dios que los había escogido y salvado, e ignoró las advertencias que recibieron de los profetas. Pero el equilibrio perfecto que Dios posee de todos sus tributos provocó que su misericordia y bondad se acompañaran de su justicia y rectitud. Por tanto, la paciencia mostrada y las advertencias llegaron al límite y el Señor permitió las consecuencias y trajo disciplina para su pueblo.

## **II. Las consecuencias del pecado de Israel y de Judá**

Las advertencias que Dios había predicho con Moisés en Deuteronomio, en el período de los jueces y a través de los profetas que hablaron a los reyes; se hicieron realidad para el pueblo de Israel, en sus dos reinos.

En el reino del norte, durante el reinado de Oseas (el último rey de Israel), Dios permitió que el rey de Asiria sitiara Samaria, capital del reino, por tres años, para después tomarla y llevar cautivo a Israel a Asiria. En 2º de Reyes 17, Dios explica las razones por las que Israel cayó delante de Asiria. Los del pueblo del norte nunca regresaron a Israel como pueblo. El rey de Asiria pobló Samaria con gente de ciudades paganas, y la gente que habitó en la capital llegó a adorar a Jehová y a sus dioses al mismo tiempo.

Su desobediencia a Dios, idolatría y olvido de su ley, los llevaron a la caída y la destrucción. Pero para Judá no fue distinto, pues aún habiendo visto lo que sucedió con Israel, la mayoría de los reyes y del pueblo siguieron pecando contra Dios e imitando las prácticas por las que el reino del norte había sido deportado a Asiria. Por tanto, 135 años después de la caída de Samaria, Judá también fue entregado por Dios a Babilonia.

En el reinado de Joacim, en el año 605 a.C. aproximadamente, el rey Nabucodonosor envió tropas contra Judá y llevó cautivos al rey, a muchos judíos (entre ellos Daniel y sus amigos) y se llevó también los utensilios del templo de Jerusalén a Babilonia (2º Crónicas 36:6-7). Esa fue la primera deportación del reino de Judá. Ocho años después, en el año 597 a.C. aproximadamente, Nabucodonosor llevó cautivos al rey Joaquín y a todos los nobles, así como también los tesoros del templo y del palacio (2º Reyes 24:10-17; 2º Crónicas 36:10). En ésta segunda deportación iba el profeta Ezequiel. Nueve años después, Nabucodonosor sitió Jerusalén, ciudad capital del reino de Judá, por dos años, en el reinado de Sedequías, último rey de Judá (2º Reyes 25:2). En el año 586 a.C., Nabucodonosor tomó finalmente Jerusalén, quemó el templo (2º Reyes 25:9), derribó los muros de la ciudad (2º Reyes 25:10), tomó al rey Sedequías y a sus hijos, a los cuales degolló ante su presencia y después sacó los ojos de él y lo llevó cautivo a Babilonia, donde murió encarcelado (2º Reyes 25:6-7). Llevó también cautivos a Babilonia a quienes habían quedado, y dejó a los más pobres para labrar la tierra (2º Reyes 25:11-12).

El profeta Jeremías pudo relatar en el libro de Lamentaciones lo que observó, como testigo ocular del sitio y, después, de la caída. Durante el sitio, vio pobreza, hambruna, sed y muerte de todo el pueblo (Lamentaciones 1:11). La gente se quedó sin alimento ni agua, y Jeremías vio cumplirse la advertencia hecha por Dios siglos antes, en Deuteronomio 28:53-56, cuando algunas madres comenzaron a comerse a sus bebés por la locura que produce el hambre (Lamentaciones 2:20; 4:10). En la caída de Jerusalén, Jeremías vio cómo las vírgenes y los jóvenes era llevados cautivos a un país idólatra (Lm.1:18); vio cómo el templo de Dios y los muros de la ciudad fueron desechos (Lamentaciones 2:7,8); vio muertos a niños y ancianos, vírgenes y jóvenes tendidos en las calles (Lamentaciones 2:21) y vio cómo las mujeres fueron ultrajadas (Lamentaciones 5:11) ¡Todo esto puede evitarse! Habían sido frecuentemente advertidos, pero ellos hicieron cumplir las advertencias de Dios y recibieron las consecuencias. Ésta triste historia queda registrada en la Biblia para vergüenza del pueblo de Israel y para advertencia nuestra, pues, como dice Hebreos 10:31 y 12:6, *Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo.*

Temamos a nuestro Dios con amor reverente. *Porque Jehová tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso* (Deuteronomio 4:24). Si hay idolatría en nuestra vida, quitémosla. La idolatría no sólo es la inclinación ante imágenes sino todo aquello que ocupa el lugar de Dios en nuestra vida. Si hay pecado en nuestra vida que Dios ya nos ha advertido varias veces con su Palabra, dejémoslo y

servamos a Dios. Y no nos acostumbremos a ver cómo nuestro país se hunde en la idolatría, llevemos el evangelio a otros, antes de que sea demasiado tarde.

El profeta Jeremías en el libro de Lamentaciones, al ver la devastación de Jerusalén, escribió: *Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová. Levantemos nuestros corazones y manos a Dios en los cielos* (Lamentaciones 3:40-41). ¿Cómo están nuestros caminos? ¿Se han desviado de los caminos de Dios? ¿Hemos de recibir disciplina del Señor o de aprovechar las oportunidades que nos brinda para arrepentirnos y servirle? ¿Hemos de ver cómo nuestro país es disciplinado por Dios sin que nosotras hagamos algo? Hagamos los ajustes necesarios en nuestra vida y en nuestro corazón.

### **III. La fidelidad de Dios para con su pueblo**

Con todo, el Señor es fiel. La segunda carta a Timoteo 2:13 dice: *Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo*. El pacto que Dios hizo con Israel es irrevocable, nunca dejará de ser su Dios. El profeta Jeremías escribió en Lamentaciones 5:21: *Vuélvenos, oh Jehová, a ti, y nos volveremos; renueva nuestros días como al principio*. Y eso fue lo que el Señor hizo.

Dios obró en el siguiente rey de Babilonia, Evil-merodac, para libertar a Joaquín, rey de Judá, y tratarlo con benevolencia y honra (2º Reyes 25:27-30). Y así Joaquín (o Jeconías) continuó el linaje por medio del cual vino Jesús. Dios es fiel a sus promesas.

Babilonia fue conquistada por el imperio Medo Persa, cuyo primer rey fue Ciro. Dios obró en el corazón de éste rey e hizo un decreto para que los judíos regresaran a Jerusalén y reconstruyeran el templo de Dios. En el año 536 a.C. aproximadamente, Zorobabel, descendiente del rey Joaquín, fue el dirigente del primer grupo que regresó a Jerusalén después de setenta años de cautiverio desde la primera deportación (y que más adelante estudiaremos). Dios es fiel a su pueblo.

A partir del año 483 a.C., y antes de que Esdras dirigiera al segundo grupo para regresar a Jerusalén, ocurrieron los eventos narrados en el libro de Ester. Después que Babilonia fue conquistada por el imperio Persa (539 a.C. aproximadamente), los judíos fueron llevados a otras partes del nuevo reino. Era el reinado de Asuero, registrado en la historia como el rey Jerjes I. El rey Asuero había invitado a los gobernadores principales de las provincias del reino y a todo el pueblo que había en Susa, capital del reino, a un banquete, para mostrarles su riqueza y poder. El rey, embriagado por el vino, mandó traer a su esposa Vasti para mostrar a sus invitados su belleza. Pero la reina no quiso aparecer ante la orden del rey y a partir de este incidente, Vasti dejó de ser reina y el rey Asuero comenzó a buscar una mujer mejor que ella. La búsqueda de la siguiente esposa del rey se hizo a través de un concurso de belleza Persa, en el cual todas las doncellas de buen parecer de todo el reino debían ir a vivir a la casa de las mujeres en la residencia real (Ester 2:12). Entre todas las doncellas se encontraba una judía huérfana llamada Ester, quien había sido criada por su primo Mardoqueo. Y, sin imaginarse los planes que Dios tenía para ellos, Ester entró al concurso de belleza sin decir que era judía, hallando gracia delante de todos con ayuda de Dios, y fue elegida por el rey Asuero como la reina de Persia (Ester 2:17).

Pero había un hombre llamado Amán, enemigo de los judíos a quien el rey había engrandecido sobre los príncipes (Ester 3:10). Amán convenció al rey de decretar un escrito que autorizara matar a todo el pueblo judío y quedarse con sus bienes. El rey Asuero autorizó el decreto y lo selló con su anillo, sin saber que iba a matar a su propia esposa. Cuando las cartas se distribuyeron, la ciudad de Susa estaba conmovida y los judíos lloraban con gran lamentación (Ester 3:1-15; 4:3). Al saber Ester del edicto, tuvo gran dolor por su pueblo y pidió que oraran por ella ayunando tres días para poder hablar con el rey (Ester 4:17). Dios le dio gracia ante el rey Asuero y éste, al verla, le dijo que pidiera lo que quisiera. Ester invitó al rey y a Amán a un banquete, y después los invitó a un segundo banquete, y en éste declaró al rey los planes de Amán de exterminar al pueblo judío, su pueblo (Ester 7:3-6). El rey se airó tanto contra Amán, que mandó colgarlo en la misma horca que éste había preparado para Mardoqueo. Y aunque el decreto no había podido derrocarse por estar sellado con su anillo, el rey Asuero selló otro edicto hecho por Mardoqueo, donde se autorizaba a todo judío defenderse de cualquier ataque y matar a quienes los agredieran. Así salvó Dios a su pueblo del plan del exterminio, usando a una mujer valiente y a un hombre íntegro para cumplir sus planes. ¡Dios es fiel!

El pueblo de Dios siempre será su pueblo. Su iglesia y sus hijos siempre seremos de él. Aun en medio de la disciplina que el Señor llega a permitir en nuestra vida, o aún en medio de las pruebas más difíciles, Dios permanece fiel a sus promesas. Lamentaciones 3:31-32 dice: *Porque el Señor no desecha para siempre; antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres.*

Dios es bueno, y está dispuesto a perdonar nuestras faltas. Aprovechemos éste día para entregar lo que nos estorba. Aprovechemos su gracia de oportunidad para servirle. Y aprovechemos la vida que tenemos para salvar a nuestro país tan necesitado de Cristo. Sigamos el ejemplo de Ester, quien estuvo dispuesta a morir por salvar a su pueblo, y seamos valientes para hablar del Señor a otros. Es la única manera en que salvaremos a nuestra gente.